

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.—Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott. En el número próximo la continuación de todas estas obras.

LA SOBRINA DEL BANQUERO.

NOVELA POR MADAMA DE ANGELOT.

(Continuacion).

Emilio le miró con sorpresa; pero ya la nube se había disipado; el rostro de Gustavo estaba risueño, y decía alegremente:

—Emilio, podeis contar con que protegeré á Cecilia. Presentadme en su casa y la compraré un cuadro... y ahora que me acuerdo, á ella podremos encargarnos retratos de etiqueta para mi boda, la que va á ser muy pronto, según dice mi padre.

Y soltó una carcajada; pero su gozo se interrumpió con la llegada de Mr. de Plenoel, que le saludó con bastante frialdad.

Gustavo rogó á Emilio que acompañara al conde y á su hija á donde estaban convidados á comer; pero se negó á ello, y aun salió del cuarto sin darle la mano que el joven le alargaba.

Fueron, pues, á casa del banquero, donde la comida había sido bastante triste sin el buen humor de la condesa de Meron, que se hizo anunciar pomposamente, y entró diciendo:

—He sido puntual. ¿Si me habré equivocado en la hora?

Silvania estaba pensativa, y el conde contenía cuanto le era posible su espíritu satírico. Afortunadamente el banquero hablaba alto, la condesa hablaba alegremente y la comida era muy buena.

A la vuelta por la noche el conde de Plenoel y su hija guardaron silencio. Cada cual sabía muy bien los pensamientos del otro, de modo que no era menester hablar para comprenderse.

Cuando se separaron para entrar en sus respectivos aposentos, Silvania puso á su padre su cara sombría por la primera vez de su vida,

para que la besase, y como el conde, después de haberle dado un beso, parecía esperar una respuesta, pues había dicho:

—¿Qué dices, hija mía?

Silvania le respondió únicamente:

—Si quereis, padre mio, mañana temprano iremos á visitar á nuestra joven artista, que vive en el boulevard de los Italianos, y se llama Cecilia.

El conde respondió con un ademán afirmativo:

—Voy á comunicar nuestro proyecto á la señorita de Beville, que agradecerá mucho el interés que nos tomamos por su recomendada.

Y Silvania volvió á su cuarto sin haber pronunciado una sola palabra sobre su casamiento, del que su padre le había dado parte por la mañana.

La señorita de Beville se había quedado sola cuando el conde y su hija se fueron á comer á casa del banquero. Emilio, que vivía desde su infancia en la casa, no se había quedado en ella aquel día; había salido para dar expansión

había conocido á ningún pariente; no conocía sino á Mr. de Plenoel y á sus pocos amigos, de modo que no tenía otras relaciones que las del conde. Su existencia se limitaba á aquel reducido círculo, pero hacía algún tiempo que la delicia infinita que había encontrado en aquella casa se veía turbada por vagas inquietudes. No poseía nada, ni nada hacía. Deseaba emprender seriamente la carrera literaria, para la cual mostraba gran talento en los pocos ensayos que había hecho hasta entonces; pero á veinte años, la inteligencia no es mas que una esperanza, y pueden tardarse aun otros veinte años antes de que esa esperanza haya realizado una gloria que pueda dar una posición brillante y una fortuna.

La juventud es impaciente; un vago instinto nos advierte que debemos apresurarnos á ser dichosos. Se tiene el instinto de que la felicidad no es completa sino en esa época en que ningún contratiempo se lee aun en las páginas por llenar aun del libro de la vida.

Emilio había mostrado á los diez y ocho años esa impaciencia de conquistar una brillante posición, pero las circunstancias habían contrariado sus deseos. Aunque había venido á París y había entrado en la sociedad literaria de una gerarquía superior, los rumores del mundo político y del mundo literario de segundo orden, habían sido demasiado fuertes entonces para que pudiesen dejarse oír en el tumulto las voces tranquilas y nobles.

No había otro remedio que aguardar á que llegaran mejores tiempos.

Pero Emilio, mas impaciente que otros, se había desanimado mas pronto. No creía llegar nunca el fin en que colocaba su felicidad personal, y había visto que también se le escapaba el otro objeto que consideraba como la felicidad de la humanidad. Se hallaba dotado de un carácter generoso, de esos que no pueden tolerar la desgracia en los otros, y que han menester contribuir al bien de sus semejantes, para reputarse con derecho á ser felices. Había, pues, en el corazón del joven una melancolía profunda, aunque sin acritud; buscaba la soledad con ahínco; leía mucho y estudiaba con conciencia; pero el estudio que le gustaba mas era el del alma trabajada por alguna pena. Cuando hallaba un desgraciado á quien consolar, su corazón sentía un placer infinito, y hallaba grandes lecciones en la comunicación íntima de las almas. Todo es útil para el hombre que medita.

Emilio había vivido el no último en el castillo

solo á la agitación y al dolor que le devoraban. Había algo de misterioso en su destino; jamás de Plenoel, gozando de la felicidad presente con cierta tristeza, conociendo que no podía



Muy abatida y aplanada me encuentro hoy.

ser duradera, pero dejando á los sucesos el cuidado de arreglar el porvenir, puesto que su voluntad habia sido ineficaz para dominarlos.

Todo lo que el conde habia hablado á Emilio de sus parientes, era que habian muerto muy jóvenes, y que su padre al morir le habia entregado una cantidad que le producía dos mil francos de renta hasta la mayoría de su hijo, época en que era necesario que se hallara en estado de vivir por sí con la carrera que hubiese elegido.

Se aproximaba el momento en que Emilio no debia tener otro recurso que su trabajo, cuando se decidió que fuese á París; pero aunque el joven pensase que el conde habia adoptado aquella resolución para asegurar su porvenir, ya Emilio se hallaba á punto de separarse de él cuando salieron del castillo. El padre habia hecho en secreto sus preparativos para embarcarse en una lancha de pescadores que debia pasar por la costa, para llevarle á bordo de un buque mercante que habia de trasladarle á las Indias. Su proyecto fué descubierto por la señorita de Beville, y como la situación de esta no era mejor, comprendía tan bien la desgracia en los otros, que lo adivinó todo y se lo contó al conde.

Mr. de Plenoel llamó á Emilio y le reconvinó con ternura.

—Hijo mío, todavía estais en mi poder. Es cierto que ya no os quedan mas que tres meses de tutela, porque al fin de este tiempo cumplireis veinte y un años, y quedareis libre, pero entretanto teneis que obedecer mis órdenes. Las últimas voluntades de vuestro padre moribundo las debemos respetar los dos hasta ese momento, que pronto llegará. En nombre del afecto sincero que os tengo, en nombre de la ternura previsora de mi pobre amigo, os ruego que no me dejéis antes de que llegue el momento. Permaneced conmigo y prometedme que no os marchareis sin advertírmelo, hasta que llegue esta época, que puede y que debe imponeros nuevos deberes que cumplir.

Emilio se quedó, y no pensó ya en marcharse hasta dentro de tres meses; pero padecía mucho, y le pareció que obedecer al conde en aquella circunstancia era la mayor prueba de afecto que podia darle.

Por esta razón, cuantas ocasiones se le proporcionaban de estar solo, las aprovechaba.

Aquel día, pues, á pesar de las instancias de la señorita de Beville, Emilio no habia venido á la hora de comer, y *Mignon* el enorme loro habia sido la única distracción de la solterona: Dios sabe los terrores de azúcar, las pastillas y las golosinas que se habia tragado el loro en aquella comida, pues su dueña, aprovechándose de su libertad, le habia puesto á la mesa á su lado, para compartir con él su solitario banquete.

—¡Oh! mi pobre lorito, decia la señorita de Beville, henos aquí ya solos, como nos veremos dentro de poco; no tengo á nadie á quien amar si no es á tí, con la seguridad de no perderte.

Y el lorito, bien enseñado, respondia:

—*Mignon es de la señorita de Beville.*

Era este un sentimiento imaginario; pero ¿qué importa? Una ilusión es un placer real mientras dura.

Cuando volvió Silvania dijo á la señorita de Beville, que al otro día á las dos iría con su padre á ver el estudio de su recomendada, como ella queria. Las ideas de la solterona cambiaron entonces de direccion; pensó en la joven artista, y se propuso avisarla por la mañana muy temprano de la visita que la aguardaba, para que estuviese en casa y dispusiese sus obras del modo que presentasen el mejor golpe de vista.

Al día siguiente la señorita de Beville, en cuanto se desayunó, se fué á pie desde la calle de la Universidad hasta el boulevard de los Italianos, núm. 42. Era esta una de esas casas altísimas tan frecuentes en París; de los sotabancos habian hecho un estudio de artista. Ciento diez y siete escalones habia que subir para llegar al estudio; pero allí la luz, el aire y la vista eran las mejores de todo París. Al entrar se veía una salita dispuesta con gusto y aun con cierto lujo, y que sin ser muy rica, no por esto dejaba de presentar un aspecto elegante, seductor y lleno de encanto.

Cuando entró la solterona la recibió Francis-

ca, la doncella fiel de la joven; Cecilia no estaba en casa, mas como debia volver pronto, la señorita de Beville se quedó esperándola, y tomando asiento cogió un libro, en tanto que Francisca atendía á los quehaceres de la casa.

La señorita de Beville apenas habia tenido tiempo para leer dos páginas, cuando sintió abrir poquito á poco la puerta, y entró Cecilia sin verla. La joven se hallaba preocupada, y se echó en un diván agobiada de cansancio; la otra la contempló con atención, recelando alguna nueva desgracia para su protegida, pues sabia por experiencia cuánto dolor hay en una existencia de muger á quien rechaza y persigue la fortuna.

Cecilia era pequeña y de una figura encantadora. Sus facciones tenian una escasa delicadeza; sus cabellos muy negros, sus cejas muy pobladas y su ancha frente, revelaban una inteligencia firme y una voluntad poderosa; pero sea que los pesares de la vida hubieran pasado ya por el corazón de aquella criatura, sea que el trabajo hubiera sido superior á sus fuerzas, lo cierto es que un abatimiento del alma ó del corazón habian ligeramente huido sus mejillas y alterado la frescura de sus hermosos ojos. Ya los rasgos de la juventud habian perdido mucha parte de su pureza, y en aquel momento de abatimiento, cualquiera la hubiera echado diez años mas de edad de los veinte que tenia.

Cecilia tenia puesto un vestido blanco y una manteleta de gró negro que dejó caer á su espalda al sentarse; se quitó un sombrero de paja adornado de violetas, y apoyando un codo en la mesa donde acababa de colocarle, sostuvo su cabeza en su mano diciendo:

—¡Otro día perdido! ¡Ya no podré trabajar, estoy muy fatigada!

La señora de Beville se aproximó á ella, y detuvo á la joven que queria levantarse.

—Estaos quieta un rato, la dijo acercando una silla junto á ella, y contadme todo lo que os sucede... porque ya sabeis que yo no ignoro lo que son penas.

Cecilia la cogió la mano y respondió:

—Muy abatida y aplanada me encuentro hoy, como me sucede todos los días que no trabajo. ¡Mi pintura es mi amiga, mi consuelo, mi único placer en este mundo! ¡Oh! ¡si yo pudiera pintar desde por la mañana hasta por la noche, sin tener necesidad de vivir de mi trabajo, qué dichosa seria! Las necesidades de la vida acabarán conmigo, mi talento sucumbirá en la lucha.

—De seguro habeis tenido hoy una nueva aflicción para que hableis así, hija mía, dijo afectuosamente la señorita de Beville.

La joven no podia mas, y entonces le habló en estos términos:

—¡Oh! mi buena señorita de Beville; calculad si estaré fatigada: vengo á pie de la calle de Varenner, porque no me gustan los carruages públicos donde la gente os mira, y aun á veces os dirige la palabra: despues con este vestido blanco, esta manteleta negra y este sombrerito que tan bien me cae, podia presentarme en todas partes ¿no es verdad?

—Seguramente.

—¡Oh! pregunto esto porque los lacayos me miraron con desden y con compasión cuando llegué al pórtico del palacio donde vive la condesa de Meron y pregunté por ella.

—¡Ah! exclamó involuntariamente la señorita de Beville.

—Es una señora poderosa, exclamó Cecilia, que acaba de comprar un hermoso palacio, donde se ocupa en establecerse de un modo lujosísimo. Me habia recomendado á ella un médico que en otro tiempo asistió á mi pobre padre, y á quien he visto despues de mi vuelta, se ha propuesto protegerme y se llama el doctor San German. Pues bien, la condesa de Meron, gracias á su recomendación, queria que la hiciera un retrato, y me habia señalado la hora en que debia ir á su casa. Fui exacta... y mientras el lacayo me anunciaba estuve admirando aquella linda habitación, no porque es rica y porque está amueblada de una manera régia, sino porque se halla colocada entre un patio y un jardín; ningún ruido de la calle puede llegar allí. ¡Oh! ¡qué bien se podria trabajar y meditar en ese palacio!

La señorita de Beville se sonrió:

Cecilia continuó diciendo:

—Dudo que la señora condesa estuviera trabajando, aunque aguardé cinco cuartos de hora; ya me ballaba impaciente, y mi timidez no me permitía decir una palabra, cuando al fin se presentó la condesa, que por cierto no es bonita ni joven.

—Y es mucha lástima, dijo la señorita de Beville, pues eso hace mejores á las gentes.

—Me recibió muy desdenosamente, contestó la joven artista, mirándome de pies á cabeza con aire altanero, y me preguntó con tanta distracción como si no supiera quién era y á lo que iba, que yo no sabia qué decirle; por último, cuando la recordé que recomendada por Mr. de San German me presentaba para hacer un retrato, murmuró entre dientes:

—¡Ah! si, es el mío. Me han dicho que debo mandar hacer mi retrato para la exposición; es la moda; me han dicho que feneis talento, y que podeis venir á casa... me acuerdo, esto es lo que me ha sucedido, pues yo no quiero incomodarme, y los pintores están acostumbrados á que vayan á sus estudios... ¡Está muy bien, trabajaréis mientras yo recibo mis visitas, así será menos fastidioso el servir de modelo!

—¡Se quiere dar un tono de princesa! dijo la señorita de Beville encogiéndose de hombros.

—Mientras hablaba, la condesa de Meron seguía examinando mi persona, continuó Cecilia, y cuando se cansó de verme, dijo con desden:

—Muy joven sois aun para tener ya bastante talento.

—Lo que queria decir, interrumpió la señorita de Beville, sois demasiado bonita para ponerlos al lado de una muger que hace tiempo ha dejado de serlo.

—Despues, continuó la joven sonriendo, me miró á la cara y á mi traje, como tratando de indagar si yo no hacia un mal uso de mi juventud.

—Mal ha debido ella emplear la suya, exclamó aparte la señorita de Beville.

—Su pensamiento era tan claro, continuó Cecilia, que no pude menos de responder á él diciendo. —Señora condesa, vengo á pie del boulevard de los Italianos á la calle de Varennes, y deseo venir muchas veces para llevar á cabo un largo trabajo por el que no pido sino un débil precio.

—Esa respuesta es digna de vuestra virtud, de vuestro valor.

—Y de mi pobreza; por eso creí un instante que se habia enternecido; un poco de interés dulcificó la expresión altiva de su semblante, pero desapareció como un pensamiento importuno que se apresuró á ahuyentar para responderme secamente:

—Dejadme las señas de vuestra habitación; iré cuando pase por allí, ó enviaré un criado si me decido.

(Se continuará.)

UNA MAÑANA CON ALEJANDRO DUMAS.

SACADO DE LAS CARTAS ESCRITAS EN PARÍS POR
M. G. SAPHIR.

París, 29 de julio de 1855.

Tenia el criado de Dumas la orden de dejarme entrar en el despacho de su amo, haciendo esta escepción conmigo, á cualquier hora que me presentara. Fui ayer sobre las nueve de la mañana.

Dumas habita, sin otro vecino, una casita con jardín, situada en la *rue d' Amsterdam*, número 77.

En el primer piso está el cuarto de su hija, que tiene un talento privilegiado para la pintura. Su cuarto de estudio es á la vez un museo, un jardín de plantas exóticas, una galería de pinturas, un gabinete de objetos curiosos, un templo oriental. En amena confusión vense de quiera dibujos, croquis, bustos, estatuas pequeñas, jarrones, aves disecadas, lámparas; borda-

dos, etc.; en fin, un ordenado desorden, pero con estudiado gusto, y sin embargo, aparentemente casual.

Un piso mas alto se halla el despacho de Dumas, que presenta el aspecto de un caos, y de este caos y de esta nada, crea Dumas un mundo: su mundo. A ese caos de plumas, tinta, tiras de papel, libros, cuadernos, folletos, dice Dumas: «Produce este papel toda clase de hombres, caracteres, mar y tierra, cielo, estrellas, todo género de seres vivientes,» y se producen.

Alrededor del cuarto hay divanes turcos corridos; sobre la piedra de la chimenea multitud de objetos regalados, *cadeaux*, y de *souvenirs*. *Donné par le prince*, etc. *Hommage à Alexandre Dumas par la princesse*, etc. Las paredes están adornadas con diferentes cuadros, sobre las sillas y butacas hay libros, estuches con mapas, diccionarios, sables damasquinos, pistolas, albums, etc. En el centro de la estancia se halla una mesa lisa, ancha y bastante larga, un gran tintero en medio, y sobre ella un sinnúmero de medios pliegos, tiras y cuartillas de papel azulado, y en ellas escribe Dumas, pero solo en una cara, ora la *Histoire de ma vie*, los *Mohicans de Paris*, las *Mémoires de Mad. Dorval*, ora los *Juicios de Mad. Histori*, y tantas otras cosas.

Es increíble la velocidad y variabilidad con que escribe Dumas. Tiene cuatro manos, veinte dedos, pero aun no son suficientes para seguir á la precocidad de su espíritu creador y á su alada fantasía. Solo quien haya visto trabajar á Dumas, podrá creer, aun cuando no comprender, de que á su pluma se deban ya mas de mil volúmenes. Escribe y sigue una conversacion con los que le visitan, da órdenes á su criado, aconseja y escucha á cuantos le cuentan sus diferentes culpas sin soltar la pluma.

Trabaja en un *negligé* trópico, tal como lo reclama su naturaleza y su fantasía tropical también. En chinélas, pantalon de Mahon, camisa de color, sin chaleco, sin corbata; alto y robusto, de estructura muscular, con espeso y encrespado pelo, hace crujir el suelo bajo sus plantas. Sus ojos tienen mucha expresion y dulzura las miradas; las facciones muy marcadas revelan la bondad de su corazón. Su sonrisa es agradable en extremo, habla con rapidez, con voz alta y con fuego, el que toma sucesivamente mayor intensidad en la conversacion.

Solo si se hiere su susceptibilidad moral se enardece su rostro, y sus ojos se convierten en dos saetas, pero pronto cede su ira y vuelve á presentarse otra vez el aire de su bondad y dulzura genial.

La generosidad de Dumas no conoce casi límites: todo lo sacrifica, tratándose del bien de sus semejante. Tiene, sin embargo, muchos enemigos, especialmente entre los mas jóvenes escritores y folletinistas... ¿Qué mucho? ¿Tal genio y sin enemigos? ¿Una reputacion tan colosal y sin envidiosos? Es imposible. Aquellos espíritus menguados se complacen en hostilizar á ese hombre, cuya fama es ya universal; mas Dumas no les hace caso, ni les contesta, cuando en la prensa arrojan diatribas contra él. Es amigo, amigo íntimo de Lamartine, Victor Hugo, Beranger, Emilio Girardin, Saint-Beuve, etc.; es el niño mimado de la alta sociedad, y el alma de sus círculos. Le he visto en los salones de los napoleonistas, en donde es recibido con mucha cordialidad y deferencia. También le he encontrado en el palacio de la princesa Matilde. Dumas poseía una carta autógrafa de Napoleon I. y al ver que la princesa tenía un deseo irresistible de que se la cediera, se desprendió de ella, aunque con harto dolor, y entonces Matilde, cortando la firma, mandó engastarla en diamantes y ponerla en un brazalete.

Serian las nueve de la mañana, como ya he dicho, cuando últimamente visité á Dumas y lo encontré tendido en el suelo sobre una colcha, y alargándose su mano me dijo: ¡Ah mon cher Saphir! Se incorporó y nos sentamos sobre el diván inmediato. Con visible satisfacion exclamó: ¡*A present je suis tout à vous!* Mas no habíamos aun principiado nuestra conversacion, cuando comenzaron las visitas. Vino primero el joven duque de Schlesvig-Holstein, á quien habíamos visto en la noche anterior en la tertulia del prin-

cipe Napoleon, en cuyo encuentro dijo á Dumas le visitaria, si no habia inconveniente, en la mañana siguiente. Escasamente pasarian seis minutos, entró cierto presidente, de cuyo nombre me he olvidado: *Bien que deux mots, cher Dumas*, y las dos palabras fueron mas de doscientas. Me marchó, me marchó, dije á Dumas, á lo que cogiéndome la mano contestó: *Non mon cher Saphir, á present je suis tout à vous!* Trascurrieron algunos instantes, y presentóse madama Dasch, literata, y tambien con el estrivillo de ¡Solo dos palabras! Entretanto llegó el editor de la *Histoire de ma vie*, y pide para el folleto la continuacion. A *l'instant*, dicele Dumas, y sentándose á su bufete, le llenó con fabulosa velocidad medio pliego. ¡Ahora si que me voy, Dumas! *Non nous causerons encore* Otra visita entra, ¿quién es? El pintor B. de Bruselas, que teniendo un desafio con el comisario de la Exposicion Universal, Worms de Romilly, viene á suplicar á Dumas sea padrino suyo. Dumas admite, escribe un billete al padrino del contrario, y se sienta otra vez á mi lado. Ibamos á reanudar nuestro interrumpido coloquio, y entra Mery, invitando á Dumas á que asistiera al ensayo de su pieza. Mery se va; nosotros volvemos á nuestra conversacion, con la esperanza de que algun rato estaríamos al fin solos. Pero ¡en vano! Viene el apoderado de los herederos de madama Dorval (una de las primeras trágicas de Francia) con unos apuntes para la biografia de esta célebre artista, que Dumas se proponia esplotar.

Así dieron las once, y yo quise ya muy de veras retirarme. *Oh non, vous de jeune rez avec moi.* Bajamos efectivamente á una sala que da al jardín, para tomar el almuerzo. Dumas hace el oficio de cocinero, prepara el mismo en la inmediata cocina su *Filet aux pommes*, mientras que yo me entretuve en mirar los cuadros del comedor. Ya viene Dumas con su plato, que humeante lo coloca su criado sobre la mesa.

Nos sentamos á ella, cubierta con otros diferentes manjares, tal como tortilla, *roastbeef*, ternera asada, solomillo, jamon, melon, botellas de vino de Burdeos, licores, té y café. ¡Pecho al agua! Pero aun no, pues entra el criado con unas plantas que una dama incógnita regala á Dumas para su jardín. Levántase Dumas presuroso y llama al jardinero.

Salimos los tres al jardín, y recogiéndonos un poco las mangas, nos pusimos á trasplantarlas. Vueltos al comedor principiamos por fin á almorzar; mas noté en seguida cierta inquietud en Dumas, que dirigia su vista de un lado á otro, ¿y qué era?... faltábale sus comensales de costumbre. Abre el criado una puertecita del jardín, y precipitadamente y revoloteando, acuden una porcion de gallinas, patos, palomas, etc., que se agrupan en derredor del asiento de Dumas, lleno de gozo, al ver ya á sus pies aquellos alados huéspedes, pues sin ellos no habria acertado á desayunarse. ¡Falta un patito! ¿En dónde está el patito?—Ha muerto, señor, contestó el criado. Esta noticia afectó tanto á Dumas, que parecia inconsolable, tanto que apenas almorzó ya.

Como testimonio del generoso corazón de Dumas, citaré los dos lances siguientes:

Tenia Dumas que hacer un pago de 800 francos. No se crea que Dumas dispone como y cuando quiera de 800 francos en metalico sonante. Pero en fin, tenía reunida aquella cantidad, y haciendo venir su cabriolet de plaza, se dirige al punto que se propuso. En el camino advierte que el cochero está muy triste, y que aun se le saltaba alguna que otra lágrima.

—¿Qué tienes, Juan? dice Dumas.

—¡Nadal replica el cochero: mas como Dumas insistiese en que Juan le revelara el motivo de su pena, manifestó este, que ayer habia tenido el percance de que á consecuencia de un vuelco se le hubiese destrozado completamente en la tarde anterior su cabriolet, y lastimádose el caballo, habiéndole un compañero suyo prestado hoy el carruaje en que llevaba á Dumas. El desgraciado cochero era ademas padre de cinco hijos pequeñitos.

—¿Cuánto necesitas para remediar este revés?

—A lo menos 600 francos.

—Alto.

El cochero detiene el caballo; Dumas pone

en sus manos los 600 francos, diciéndole enternecido:

—¡Ahí los tienes, amigo! Remédiate; educa bien á tus hijos, y si algun dia puedes buena-

mente, me restituirás, si te parece, la cantidad. Salta Dumas en seguida del carruaje, y se aleja á paso largo, para ir, Dios sabe donde, á buscar otros 600 francos...

Presentósele un dia un amigo suyo, joven literato, declarándole con acento de íntima conmocion, que estaba enamorado, que su novia era bella como un ángel, y que serian felices, eternamente felices, si tuviera la cantidad de 30,000 francos.

—¡Treinta mil francos! ¡Friolera! esclama Dumas. ¿De dónde he de sacar yo 30,000 francos? Me es imposible ayudarte.

—Si por cierto que podeis sacarme de este apuro, y hacernos felices para siempre. En vuestra mano está el labrar la felicidad ó desgracia de dos corazones que tanto se aman.

—¿En mí? ¡Dime! ¡dime el cómo! ¿Es posible?

—¡Posible, muy posible! He escrito una novela en dos tomos con el título de *Las Dos Dianas*. El editor me quiere pagar por ella 30,000 francos, pero solo bajo cierta condicion.

—¿Y cuál es esa condicion, querido?

—Que vos deis su nombre á esta obra.

—¡Hijo, esto es inaudito! ¡Esto no es obrar como autor de buena fé!

—¡Es verdad! ¡Lo conozco! Pero es el medio único para salvarme á mi y al ídolo de mi corazón de una desesperacion segura.

Y Dumas, conolido de la pena íntima del joven, toma su gaban y marcha en compañía de aquel á casa del editor, da su nombre, y el venturoso amante cobra en el acto los 30,000 francos.

Ocho dias despues se unieron los dos prometidos para siempre, y á la vuelta de un año, nuestro joven poeta era padre de un robusto niño, y Dumas, á su vez, padre de dos tomos que no son produccion suya... pero que de seguro no desmerecen de las suyas ni deshonran á su padre adoptivo.

MISCELANEA.

SUERTE DE UNOS MILLONARIOS.—De cómo crecen los millones y á veces anonadan á sus mismos dueños, nos lo evidencia la suerte que cupo á los banqueros de Paris, señores de Michel, sobre cuya herencia, unos 40.000,000 de francos, hase trabado un ruidoso pleito. Plantearon su casa de giro los dos hermanos á fines del siglo pasado, con un capital de 4 800,000 francos. Al efectuar la liquidacion al cabo de seis años se encontraron con un fondo total de diez y siete millones, los cuales se acrecentaron durante la Restauracion á 24.000,000. En 1832 se hizo batir Michel menor la catarata para ver sus riquezas; en 1833 se fingió mortalmente enfermo para enagenar á un tal señor Aubertot una grande hacienda suya contra una enorme renta anual; mas efectuado el negocio, he aquí que el moribundo se reanima, y vuelto al goce de una perfecta salud, heredó despues á su hermano, soltero como él. Mas tarde tuvo también el menor que dejar sus tesoros, sin que á la hora de su muerte cerrara sus ojos algun ser de su íntimo cariño. Un Marc le Jeune, hijo de Michel mayor, habido con una concubina casada, quedó instituido como heredero universal. Presentaron acto seguido los parientes de los dos banqueros un codicilo, sobre cuya legitimidad se litiga ahora, y en virtud del mismo habian sido testados varios individuos de la parentela con la suma de 17.000,000. Mas terriblemente no se ha vengado nunca la idolatria al dinero en sus propios adoradores. El abogado del señor le Jeune mismo manifestó: «Soy defensor de la herencia que dejaron, pero de ninguna manera de su nombre.»

HISTORIA NATURAL.—EL RATON.—Entre los numerosos animales que viven en los bosques vírgenes de la América Septentrional, hay uno muy interesante que sin embargo ha ocupado muy poco á los viajeros, y es el *mapach* de los

mejicanos, el *bocoon* de los anglo-americanos, y por último el *raton* (*ursus lotor*, de Linneo).

Pertenece á la clase de los mamíferos carnívoros, al orden de los plantígrados ó de los mamíferos que andan apoyándose en la planta entera de los pies, y no en solo los dedos. Este animal presenta sobre estos la particularidad de apoyarse en la planta entera estando en quietud, y levantar el talón cuando camina, conforme la lámina demuestra. Presenta mucha analogía con los osos, entre quienes lo colocó Linneo, y á no ser por la larga cola representaría muy bien la figura de un oso en miniatura; pero difiere de estos animales en varios pormenores anatómicos, en especial en la conformación de los dientes. Tiene tres muelas posteriores tuberculosas, y tres pequeñas anteriores y puntiagudas, lo que le hace muy propio para un alimento vegetal ó animal indistintamente, al paso que el oso, no teniendo mas que tres muelas enteramente tuberculosas, es mucho menos carnívoro, y solo al último extremo de necesidad come carne.

El raton presenta casi el mismo tamaño que el tejón: el color del pelo es en él de un gris oscuro, el hocico es blanco y tiene un rasgo oscuro al través de los ojos; el pelo es largo, espeso y erizado; la cola es larga con anillos alternos de color blanco y moreno. Los ojos son grandes, verduscos; llenos de delicadeza y vivacidad, circunstancias bastante raras en los animales de esta especie. Tiene el cuerpo corto y rechoncho, pero no obstante es muy ligero, pues antes salta que anda, y sus movimientos, bien que algo oblicuos, son prontos, ligeros y graciosos. Los pies de este animal terminan en cinco dedos bastante largos y armados de uñas puntiagudas como espinas ó alfileres, con que á veces se le ve subir ligero y andar por las ramas mas delgadas con la misma seguridad que por el suelo.

No tiene una indole feroz, pero si es muy celoso; así es que casi nunca sale de sus bosques ni avanza por el llano hasta cerca de las habitaciones del hombre, como la zorra y otros carnívoros que siembran el terror en los corrales. Gústale permanecer en los valles y orillas de algun arroyo, donde se alimenta de las ratas acuáticas y reptiles, y á veces tambien de canchales y peces. Cuando le faltan dichos animales, persigue á los insectos y hasta come frutas, granos y raíces tuberculosas; pero el alimento mas de su gusto consiste en huevos y pájaros, que persigue con ahinco y sorprende con astucia. Al caer de la tarde y cuando la noche empieza á estender sus sombras por los bosques, deja las orillas del arroyo donde estuvo en emboscada, y se dirige en busca de alguna presa; examina por entre los juncos de los pantanos por si encuentra algunos nidos de aves acuáticas, lo que descubre fácilmente por medio de su esquisito olfato.

EL PENITENTE DISCRETO. —Deseoso un cura párroco de saber el estado de su grey en cuanto á doctrina cristiana, previno un año á todos sus feligreses, que para verificar el cumplimiento de iglesia habian de llevar todos la correspondiente cédula de examen firmada por él mismo.

Efectivamente, así se cumplió. Pero habiéndose presentado un hombre oscuro y al parecer simple, despues de arrodillado á los pies del pár-

roco y hecha la señal de la cruz, según se acostumbra, este le preguntó:

—Diga, hermano. ¿Cuántas cosas se requieren para hacer una buena confesion?

El inglés Parker hizo una lente muy grande, de la cual se servia del mismo modo que del fuego mas activo. Tenia dicha lente tres pies de diámetro, y cuando la hubo fijado en su marco,



El raton.

El hombre contestó:

—Señor, Judas.

El cura quedó sorprendido, figurándose que aquel pobre hombre, ó era realmente un simple ó estaba loco, y así le repuso el cura:

—¿Qué tiene que ver la contestacion que usted me da con la pregunta que le he hecho? Digo á vd. que cuántas cosas se requieren para hacer una confesion bien hecha

Y el desconocido le contestó:

—Señor cura, yo he comprendido muy bien la pregunta que vd. me ha hecho. Usted es el que veo no comprende mi contestacion, á pesar de que en ella si repara bien, van comprendidas las cinco cualidades ó requisitos necesarios para una buena confesion.

Mas confundido quedó el párroco con semejante contestacion, y así le dijo:

—Tenga vd. la bondad de aclararlo y saldremos de dudas, pues yo le aseguro á vd. que no puedo alcanzarlo ni discurrirlo.

Entonces el examinando contestó:

—Señor cura: para hacer una buena confesion son necesarias las cinco cualidades que dicen las cinco letras de que se compone el nombre de Judas, á saber: que sea

Justa.

Verdadera.

Dolorosa.

Acusatoria.

Satisfactoria.

CIENCIAS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS. — LENTES USTORIAS. —Habiendo dado algunas ideas sobre las lentes ópticas, hablaremos de las ustorias. Nada hay de mas comun que estas pequeñas lentes, de las cuales se sirven muchos para encender la yesca y aun el cigarro, cuyo efecto tan prodigioso á primera vista se esplica de este modo. La fuerza del calor, recogida en el foco, está en proporcion del calor natural del sol, como el area del cristal respecto del area del foco, así es que puede ser cien, y aun mil veces mayor unas veces que otras.

presentaba una superficie clara de mas de dos pies, ocho pulgadas de diámetro, quedando su foco, por medio de otra lente, reducido á media pulgada de diámetro. El calor que producía esta lente con la reduccion de dicho foco era tan vivo, que fundia los metales en pocos minutos; las tejas y las pizarras se caldeaban en el acto, y se vitrificaban; el azufre, la brea y otros cuerpos resinosos se derretian, aun debajo del agua; las cenizas de la madera y las demas sustancias vegetales se convertian al instante en cristal trasparente; aun el oro se ponía fluido en pocos minutos, pero el dedo podía aproximarse á una pulgada del foco sin sufrir la menor sensacion desagradable. Mr. Parker lo aplicó al mismo foco, y dice que tan solo sintió un dolor parecido á la picadura de una aguja lanceta.

Dicha lente no podía ejercer accion alguna sobre las sustancias blancas, y ni aun calentar el agua á menos que no estuviera turbia y ennegrecida; pero lograba reducir á carbon un pedazo de madera dentro de una redoma, sin quebrar el vidrio y sin hacer mas que calentarlo ligeramente. Si la lente de que se trata se aplicaba á una pieza de metal que estuviera dentro del agua, el metal comunicaba al fluido tanto calor, que muchas veces lo hacia hervir.

Cuando este instrumento se aplicaba á algunas sustancias encajonadas dentro de algun hueco formado en un trozo de carbon vegetal, eran mucho mas fuertes sus efectos. Aun los metales mas duros se fundian en el acto por este medio, porque el fuego centelleaba como el de una fragua soplada por los fuelles.

P. ¿Quién es el que va sin menearse y sin dar un paso desde Madrid á Sevilla?

R. El camino real.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,

calle de Sta. Teresa, núm. 8.